

LOS DIARIOS DE UN MAESTRO ESPIRITUAL*

El papa Juan permanece en la memoria colectiva y también en la investigación como un hombre de la inmediatez. Aquella escritura paratáctica inasimilable a la elocuencia pacelliana, aquel mirar «con confianza» ante los objetivos de los fotógrafos y cámaras, el hábito de improvisar en las audiencias, las múltiples decisiones de deconstrucción del ritual de homenaje al soberano pontífice para restituir el espesor cristiano al servicio petrino difundió de él, durante los años 1959-1963 del pontificado, una imagen de desarmante y desarmada simplicidad. Y tras su muerte el 3 de junio de 1963 es esa imagen la que por un lado suscita interrogantes sobre cómo es posible reconocer y decir la santidad que expresa con adecuada profundidad, y por otro se fosiliza, se entierra y se rompe en fragmentos y frases, episodios e imágenes, fotogramas y anécdotas destinados al retorno¹.

* Traducción del texto original en italiano de la Dr^a Rosa M. Herrera García, UPSA. Revisión del prof. F. Rodríguez Garrapucho.

¹ J. Gritti, *Jean XXIII dans l'opinion publique. Son image à travers la presse et les sondages d'opinion publique* (Paris 1967) e M. Marazziti, *I papi di carta. Nascita e svolta dell'informazione religiosa da Pio XII a Giovanni XXIII* (Genova 1990).

De tales hallazgos, que emergen a distancias variables desde entonces, surge no sólo la forma sino a veces también el origen. Piénsese por ejemplo en los *tituli papae* acuñados en las visitas de Juan XXIII a las parroquias romanas que salpican el pontificado: algunos traspasan el sistema de los media en el que la Santa Sede se inserta desde entonces de un modo cada vez más desenvuelto, pero sacan también a la luz formas de recepción de las intenciones más profundas del modo de ser del pontífice. En santa Sabina los fieles adornan un balcón en 1963 con lienzos sobre los que destacaba una incitación eclesiológicamente pertinente «viva el obispo de Roma». En otra parroquia los jefes de las secciones, preparados para el reto electoral de la primavera de 1963 –aquella tras la cual el cardenal Ottaviani y la derecha democristiana acusaron al papa de haber «regalado un millón de votos a los comunistas»²– ocultan los manifiestos en consideración de la *statio* de Juan XXIII en su última cuaresma con posters que llevan un lema destinado a una larga fortuna: «viva el papa bueno»³.

Esta última definición de hecho se aplicará a Juan XXIII y, de algún modo mezclada con los pocos conocimientos sobre su persona y su itinerario, se convertirá en una clave de lectura fácil y pesadamente reductiva de su recorrido. Reductiva de su aportación al magisterio, del espesor teológico de su idea de pastoral, reductiva de «su» concilio⁴. La inmediatez y la simplicidad, el sentido de la tradición y de las buenas maneras que ciertamente son características y voluntad del papa Roncalli en vida, se convierten tras su muerte en un modo de negar valencias y aportaciones: su figura, en suma, tendía a caer en un elogio del carácter y del ánimo,

² Cfr. G. Zizola, *Papa Giovanni, la fede e la politica* (Roma 2000) e ID., *Giovanni XXIII. Nuovi saggi 1958-1998*, Sotto il Monte Giovanni XXIII (BG) 1998.

³ M. Manzo, *Papa Giovanni vescovo a Roma*, intr. di A. Riccardi (Cinisello B. 1991).

⁴ Cfr. G. Alberigo, *Dalla Laguna al Tevere. Angelo G. Roncalli da san Marco a san Pietro* (Bologna 2000).

hasta hacer de él el tradicionalista ingenuo o el criptomoder-
nista de cierta literatura lefebvriana⁵.

La cuestión no contempla el problema del culto espon-
táneo que surge en torno a Roncalli: incluso los estudios ron-
callianos han debido, he hecho, medirse, además de con las
incrustaciones que rodean todo personaje público, también
con este mito/antimito del papa bueno. No sin coste y no en
vano.

LOS ESTUDIOS RONCALLIANOS

Los estudios y conocimientos sobre Roncalli han crecido
mucho en los últimos 40 años, pasando la criba leyendas y
agujeros negros, recorriendo las obras que el Roncalli eru-
dito había publicado⁶, y desentrañando la enmarañada
madeja de las fuentes que enseguida después de la segunda
mitad de 1963 han comenzado a publicarse a ritmos varia-
bles⁷.

Son estudios que han tomado cuerpo tras la breve e
intensa llamarada de biografías de consumo –que no entran
todas en la devoción o en la papolatría en sentido estricto,
sino que a menudo quedan atraídas en el género de la bio-
grafía piadosa o de la literatura edificante, incluso cuando

⁵ Cfr. Amerio, *Iota unum*

⁶ Cfr. S. Trinchese, *Roncalli «storico». L'interesse per la storia nella
formazione e negli studi di Papa Giovanni XXIII - 1905-1958*, Chieti 1988:
Roncalli ha scritto: «Il cardinale Cesare Baronio», *La Scuola Cattolica* 26
(1908) 4/12, 1-29 e Roma 1961; *Note storiche intorno al Santuario di S.
Maria della Castagna presso Fontana (Bergamo)* (Bergamo 1910); *La
Misericordia Maggiore di Bergamo e le altre Istituzioni di beneficenza
amministrate dalla Congregazione di Carità* (Bergamo 1912); *In memoria
di Mons. Giacomo Maria Radini Tedeschi vescovo di Bergamo* (Bergamo
1916 e Roma 1963³); *Inizi del seminario di Bergamo e S. Carlo Borromeo*
(Bergamo 1939) *Appunti per la storia*, in *I preti del S. Cuore di Bergamo nel
50^o della fondazione* (Bergamo 1959), 1-22; *La propagazione della fede nel
mondo* (Roma 1958); *Gli Atti della Visita Apostolica di S. Carlo Borromeo a
Bergamo (1575)*, con la colaboración de don Pietro Forno, 2 voll. en 5
tomos (Firenze 1936-1958) [rectius 1959].

⁷ Cfr. *infra* para una bibliografía de los diversos géneros.

tienen cierto valor cognoscitivo⁸. Lecturas de conjunto más sólidas como la de Ernesto Balducci⁹, propuestas de investigación como las ofrecidas por Giuseppe Dosseti a Giacomo Lercaro en una aguda conferencia en 1965¹⁰, la biografía del metropolitano Nikodim de Leningrado¹¹, el ensayo antológico de Angelina y Pino Alberigo en 1978¹², marcan etapas del tránsito hacia una aproximación histórico-crítica rigurosa que ha durado un cuarto de siglo. Acompañadas por filones de investigación más general sobre la historia del cristianismo del siglo XX (los estudios sobre el modernismo, sobre el ecumenismo, sobre Pio XII y la santa Sede en la guerra) a partir de los años ochenta se han multiplicado desde fines de los años setenta las monografías y los análisis de detalle sobre fases o momentos de la vida de Roncalli.

De esta etapa ha sido protagonista el Instituto para las ciencias religiosas de Bolonia, logrando la única cosa que realmente busca un estudioso, es decir, el acceso pleno a la documentación, primero por fragmentos, después en su con-

⁸ A propósito de esto piénsese en la biografía en la que el propio papa Juan interviene, de L. Algisi, *Giovanni XXIII* (Torino 1981); veanse además W. Seibel, *Johannes XXIII. Der Papst des Überganges in eine neue Zeit* (Würzburg 1963); G. De Luca, *Giovanni XXIII* (Roma 1963); A. Hatch, *A Man named John. The Life of Pope John XXIII* (New York 1963); *E venne un uomo chiamato Giovanni*, a cura di L. Covatta e G. Rocchi (Milano 1963); L. Chaigne, *Portrait de Jean XXIII* (Saint-Maurice 1964); E. Radius, *Giovanni XXIII* (Milano 1966); N. Fabbretti, *Papa Giovanni* (Roma 1966); M. De Kerdreux, *Jean XXIII. Le Pape de la Bonté* (Paris-Tournai 1966); A. L'Arco, *Il segreto di papa Giovanni* (Torino 1967); J. Neuvecelle, *Jean XXIII. Une vie* (Paris 1968). Además de éstas se recordarán las ediciones del discurso de G. Lercaro y de L.-J. Suenens, *Jean XXIII Pape du Concile* (Paris 1964), a las que se añade en el ámbito de las intervenciones de eclesiásticos, P. Samoré, *Ricordo di Papa Giovanni* (Roma 1964).

⁹ E. Balducci, *Papa Giovanni*. (Firenze 1964, 2000).

¹⁰ G. Lercaro, *Giovanni XXIII. Linee per una ricerca storica* (Roma 1965) e L.-J. Suenens, *Jean XXIII*.

¹¹ Nikodim (Rotov), *Johannes XXIII. Ein unbequemer Optimist* (Zürich 1978): sobre el origen de este trabajo cf. el estudio de V. Poggi, *La biografía di Giovanni XXIII del metropolitano Nikodim*, in *Giovanni XXIII e l'ecumenismo. Atti del colloquio di Mosca, 2000*.

¹² G. Alberigo, *Giovanni XXIII profetia nella fedeltà* (Brescia 1978), cuyo ensayo inicial ha sido revisado en Id., *Papa Giovanni 1881-1963* (Bologna 2000).

junto. Este último paso decisivo, acariciado desde fines de los años sesenta, intentado de nuevo al inicio de los años ochenta, se ha realizado entre 1993 y 1996. Y se ha dado cuando un sacerdote de Bérgamo, nombrado vicepostulador de la causa, el llorado don Mario Benigni, pide a algunos estudiosos ya empeñados en estos proyectos, que presten el trabajo hecho y lo ofrezcan de nuevo para concluir los actos necesarios a la causa de beatificación y canonización de Roncalli.

El proceso ordinario que figuras como Suenes, Dosseti, Bettazzi, Beize habían esperado «saltarse» dejando que el Vaticano II se expresara sobre la santidad del papa Juan tenía un cuarto de siglo a las espaldas¹³: cuando se anunció y se unió a un proceso análogo ordinario para la beatificación de Pio XII en noviembre de 1965 se había decidido impedir que una proclamación conciliar (y por consiguiente purgada de su carácter de epifanía del poder papal) consintiese a los católicos y a los observadores no católicos presentes en el Vaticano II experimentar la intercomunidad *in sanctis* participando sin atenuaciones en las leyes propias de la Iglesia romana en un gesto *paritario* entre cristianos diversos, pero también de abrir una brecha en el catolicismo que Pablo VI creía un riesgo real. En 1993 este proceso era aún objeto de enfrentamiento entre dos fuerzas: por un lado la constante, precisa presión de Juan Pablo II que pretendía cerrarlo, insertando también a Juan XXIII en la masa infinita de «sus» santos y beatos; por otro el peso de aquella unión pensada a fines del Concilio para no llegar *nunca* a término, a menos que no se reconozca que el poder papal podía cancelar la alteridad entre los dos papados en causa con la sola fuerza de su voluntad.

Los oficios de la Congregación para las causas de los santos y la postulación, se encuentran por ello con alguna dificultad para desbloquear un motor que si no se había «atascado» (la acusación fue hecha públicamente por un obispo austríaco), estaba sin embargo parado¹⁴. Contra esto

¹³ Cfr. A. Melloni, «La causa Roncalli: origini di un processo canonico», *Cristianesimo nella storia* 18 (1997), 607-636.

¹⁴ E. Krätzl se había preguntado en una entrevista en «Die Furche» (señalada por la agencia *Kathpress* del 10/3/1993) «welchen Eindruck es

no actuaba tanto el parecer negativo de algunos consultores o algunos testimonios negativos¹⁵, sino el mismo dispositivo que habría debido promoverlo. Esto que era pedido por los estudiosos (coherentemente con las nuevas normas de Wojtyła¹⁶) era trabajar las fuentes, hacerlas consultables, cuantificables, insertables como procedimiento en una biografía documentada –que he tenido el honor de desarrollar junto con G. Alberigo de 1994 a 1995¹⁷. La disponibilidad de los papeles no fue por tanto una condición o un requerimiento sino la invitación misma.

LOS PAPELES RONCALLI

Y la disponibilidad de los papeles –total, incondicional, libre de todo vínculo o disposición, verbal o escrita– fue dada con diligente prontitud por el postulador principal, el padre Damiano Folguera ofm de v.m.; lo mismo hizo el ex-secretario del papa Juan y su ejecutor testamentario, mons. Capovilla, que desde 1963 custodiaba el archivo privado de Roncalli y había puesto algunas partes del corpus a disposición del anterior y primer postulador y que más tarde hizo un depósito parcial de éste en el Seminario de Bérgamo; con no menor celo la Congregación para las causas de los santos, otras Congregaciones romanas y la Secretaría de estado pusieron a disposición los documentos (con la sola excepción de las relaciones diplomáticas 1945-1953 que fueron vistos sólo por M. Benigni bajo secreto pontificio).

erweckt, wenn nun die letzten Päpste gleichsam in Serie kanonisiert würden. Wenn dies aber geschieht, dann sollte gerade Johannes XXIII nicht fehlen». Las informaciones de Krätzl no eran exactas, pero el eco de la protesta había llegado a Juan Pablo II.

¹⁵ Cfr. E. Galavotti, *Analisi dei processi per la beatificazione di Roncalli*, en prensa.

¹⁶ Cfr. J.L. Gutiérrez, «Rassegna bibliografica circa la normativa attuale per la cause di canonizzazione», *Apollinaris* 69 (1996) 197-218.

¹⁷ *Beatificationis et Canonizationis Servi Dei Ioannis Papae XXIII Summi Pontificis (1881-1963), Biografia documentata*, a cura di G. Alberigo e A. Melloni, Pars I-IV, (Roma 1995).

Era una masa de documentación que constituye hoy el patrimonio de la Fundación para las ciencias religiosas Juan XXIII de Bolonia, un seguro contra las dispersiones y las violaciones, el instrumento de trabajo de muchos estudios antes impensable, un prometedor precedente de lo que puede dar una política de apertura de los archivos más valiente que la utilizada por el trentenio central del siglo XX. La selección hecha por la causa de beatificación –todos los documentos de Roncalli han sido censados por la redacción de una *crontassi* necesaria para el juicio de los teólogos según los cánones y las normas vigentes– permite decir que el archivo Roncalli no es un depósito de misterios. Todo lo contrario.

La fisionomía de Roncalli, del *cristiano* Roncalli, es una fisionomía en la que la adherencia del perfil interior a los gestos y a las funciones constituye el fruto de elecciones y disciplinas severas: y por tanto no se encuentran en sus papeles intenciones inesperadas. La lengua incisiva de Tardini, que por la tarde enumera en el diario maldades deliciosas sobre sus obsequiosos interlocutores matutinos, no es la de Roncalli y ni siquiera se puede decir que haya en él algo de aquella celosa pasividad que Casaroli se atribuye a sí mismo en el reciente memorial sobre su martirio de la paciencia en los años de la Ostpolitik¹⁸. Roncalli escribe como es, es como escribe, porque su estructura interior le permite esta fidelidad que no es nunca obvia ni fácil para nadie, *maxime in sacris*. Lo que descubrimos en este archivo no es pues un Roncalli secreto: encontramos, por el contrario, muchos elementos que explican y hacen conocer de un modo críticamente fundado las cosas no secretas. Sobre todo, una cosa que llama la atención: y es que Roncalli cuenta a Roncalli.

No es un detalle, ni mucho menos una anotación psicologizante sobre un individuo, un elemento que sirve al fetichismo de la fuente que produce una óptima crónica, pero nunca historia. Es un elemento –es mi hipótesis de trabajo– que connota el modo de ser del creyente Roncalli y en torno al cual, cuando este creyente asume funciones públicas, se coagula una esperanza sobre la Iglesia.

¹⁸ Cfr. C.F. Casula, *Domenico Tardini (1888-1961). L'azione della Santa Sede nella crisi fra le due guerre* (Roma 1988).

Roncalli, en efecto, nace en una Iglesia, que se identifica prescindiendo de la historia: el esencialismo de sus autodefiniciones es un modo para no deber hacer cuentas con la realidad, incluso a costa de adoptar un esquema ideológico. La Iglesia de las condenas es tal para una cultura de la desconfianza y del miedo; asediada por la sociedad moderna y por su sed de libertad, *debe* arrojarse para defender despiadadamente una verdad (sobre sí, sobre el mundo) que puede prescindir de la comunión y de la misericordia. Roncalli nace en esta cultura –decía– pero no le pertenece: en el contarse sabe decir sí al tiempo– a su tiempo y al tiempo histórico, consentir en la libertad. Lo dice en la decena de millares de cartas que escribe¹⁹. Lo dice en una serie de homilías donde desarrolla la imagen de la Iglesia como fuente y no como museo blindado²⁰.

Lo dice en la montaña de sus diarios. Diarios múltiples, distribuidos con grandes variaciones de densidad, redactados con acentuaciones de formas bastante fuertes: pero cosidos por el retorno de títulos, acercamientos, modos de mirarse a sí mismo y al otro desde sí con cotidiana paciencia, con un esfuerzo de ascesis desde el poder, con una necesidad (más o menos de deseo o de empeño) de misericordia que no admite atenuaciones «dolientes», que no deja lugar a la con-

¹⁹ A. Casaroli, *Il martirio della pazienza. La santa Sede e i paesi comunisti* 1963-1989 (Torino 2000).

²⁰ La correspondencia editada hasta ahora ocupa muchos volúmenes: *Lettere ai familiari 1901-1962*, a cura di L.F. Capovilla, 2 voll. (Roma 1968) (a cura di E. e M. Roncalli, Rusconi, Milano 1988; a cura di G. Farnedi, Casale Monferrato 1993); *Lettere dall'Oriente*, a cura di C. Valenziano (Brescia 1969); *Il Pastore, corrispondenza dal 1911 al 1963 con i preti del Sacro Cuore di Bergamo* (Padova 1982); *Lettere ai vescovi di Bergamo (1931-61)* (Bergamo 1973); *Gli autografi di Angelo Giuseppe Roncalli all'arciprete di Fusignano*, presentazione di B. Matteucci (Fusignano 1963); *Ottima e reverenda madre. Lettere di papa Giovanni alle suore*, a cura di G.B. Busetti (Bologna 1990); *I. Schuster-A.G. Roncalli, Nel nome della santità. Lettere e documenti*, Cinisello B. (MI) 1996; *Fiducia e obbedienza. Lettere ai rettori del Seminario Romano 1901-1959*, a cura di C. Badalà, Cinisello Balsamo (MI) 1997; *Giovanni e Paolo, due papi. Saggio di corrispondenza 1925-1962*, a cura di L.F. Capovilla (Brescia 1982); «Il carteggio tra A.G. Roncalli e C. Costantini (1936-1956)», a cura di R. Simonato, *Cristianesimo nella storia* 7 (1986), 515-552; *Lettere 1958-1963*, a cura di L.F. Capovilla (Roma 1978).

dena como concesiones de la disciplina, sino que, por el contrario, sabe colocarse ante la historia como el signo de contradicción que el nuevo Testamento ha transmitido aislando con fuerza el verso «misericordia quiero, y no sacrificio» tan querido para Jesús.

LOS GÉNEROS DIARÍSTICOS

Los numerosos diarios roncallianos –de los que quisiera dar una sumaria descripción²¹ se desarrollan y agrupan sobre esta aproximación, por esto son fuentes de un magisterio espiritual totalmente particular: un magisterio que no nace proponiendo una imagen de sí como clave de lectura de todos, sino que se ofrece como testimonio del valor de la búsqueda de la vida cristiana, como vida en la que el plano privado y el plano público pueden encontrarse unificados. Son muchos, los diarios, en cantidad: los papeles llenan 1,8 metros de extensión. Son muchos por género, decía, y lo son en la vida de Angelo Giuseppe Roncalli.

Así, se debe decir que todos los géneros son como anticipados y aprobados, entretejidos, en un paquete de escritos de 1895 a 1901, es decir, el momento en el que Angelino es

²¹ Las homilias del período búlgaro, quizá las más ricas, en F. Della Salda, *Obbedienza e pace. Il vescovo A.G. Roncalli tra Sofia e Roma (1925-1934)* (Genova 1988); otra predicación ha sido editada ahora en *Omelie, scritti, dispacci e discorsi: 1906: viaggio in Terra Santa. Articoli di un «giornalista» diventato papa* (Bergamo 1993); *La predicazione a Istanbul. Omelie, discorsi e note pastorali (1935-1944)*, a cura di A. Melloni (Firenze 1993); *Actes et Documents du Saint Siège relatifs à la seconde guerre mondiale: vol. IV-XI Souvenirs d'un Nonce. Cahiers de France (1944-1953)* (Roma 1963); *Scritti e discorsi 1953-1958*, 4 voll. (Roma 1959-1962); *Patriarchalis Ecclesiae Venetiarum, Synodus XXXI, ab Eminentissimo Domino Patriarcha Angelo Josepho S.R.E. Presbytero Card. Roncalli in Cathedrali Basilica S. Marci Ev. celebrata diebus 25-26-27 novembris a.D. MCMLVII quinto a Patriarchali regimine suscepto - Acta, Documenta, Constitutiones; Encicliche e discorsi*, 5 voll. (Roma 1960-1963); *Discorsi, messaggi, colloqui*, 6 voll. (Roma 1960-1967); *Prima Romana Synodus, A.D. MDCCCCLX*.

seminarista y tiene 14-20 años de edad²². Ahora forman parte del *Giornale dell'Anima* como su primer segmento y su inicio: pero en estos cuadernos el pequeño Angelino experimenta tres géneros de diarios.

El primero es el de las *reglas y propósitos*, copiándolas de los manualitos para los clérigos más prometedores²³, Angelino empieza a fijar sobre papel programas, propuestas, criterios para *leer y releer* la propia historia espiritual. Junto a tal cambiante normativa para sí, Angelino tiene las notas de los *ejercicios* espirituales (ejercicios ignacianos en la inspiración, pero bergamascos en la ejecución), sea en forma de elaboración de las meditaciones, sea como elenco de *puntos* para meditar o practicar, sea como *selección* de frases recogidas de libros y lecturas de las que toma temas predicables así como modos de autorepresentarse²⁴. En tercer lugar Roncalli tiene también *diarios* cotidianos, para cuidar los tiempos de vacación y para dar cuerpo narrativo a la propia búsqueda religiosa. A lo largo de esta triple falsilla se desarrollarán los muchos diarios de los años sucesivos –el *Giornale dell'Anima*, los *Diari*, las *Agende*.

EL DIARIO DEL ALMA

El *Giornale dell'Anima*, el que para muchos es el único diario del papa Juan, se trasladará progresivamente hacia el registro de los ejercicios: el ritmo y el sentido de tal elección y de sus adaptaciones emerge del estudio del manuscrito que

²² *Il Giornale dell'Anima*, a cura di L.F. Capovilla, (Cinisello B. 2000, ed. critica Bologna 2000); «Memorie e appunti 1919», *Humanitas* 28 (1973/6), 419-473; *Pensieri dal Diario* (Vicenza 1964); publicados anteriormente en *L'Osservatore Romano* del 4-8,10,11,13 e 16 giugno 1963; Las *Agende* son reproducidas como apéndice en *Beatificationis et Canonizationis Servi Dei Ioannis Papae XXIII Summi Pontificis (1881-1963), Biografia documentata*, a cura di G. Alberigo e A. Melloni, Pars I-IV (Roma 1995).

²³ M. Benigni, *Papa Giovanni XXIII chierico e sacerdote a Bergamo 1892-1921* (Milano 1998).

²⁴ R. Amadei, *Il «Manuale del Maestro de'novizi»: notizia di un manoscritto*, in *Cultura e spiritualità in Bergamo nel tempo di Papa Giovanni XXIII* (Bergamo 1983), 229-251.

durante años custodia Roncalli personalmente y muestra a poquísimas personas, entre ellas a algunos confesores²⁵.

Roncalli reabre con frecuencia esta caja: a veces reutiliza un cuaderno para añadir un nuevo retiro a la serie, a menudo hojea un cuadernillo antes de redactar los apuntes de un período sucesivo²⁶. Tras la elección al papado (o quizá ya en Venecia) el anciano cardenal pierde contacto directo con casi todos sus papeles, pero sigue manteniendo la huella de su historia espiritual. No en las agendas de mesa que sigue llenando cotidianamente al final de una jornada de trabajo, sino en los momentos de retiro espiritual, en los retiros, en los momentos de soliloquio escribe pensamientos, reflexiones sobre lo que en los ejercicios se ha leído, dicho o simplemente sugerido por la memoria: lo hace sobre soportes ocasionales (incluso viejas agendas recicladas), dejando también espacios y huecos para quien sabe que uso. Todo se une –primero por elección del autor, después con intervención de Capovilla en la etapa de edición– como si el presente alcanzase el pasado en una única luz, hacia delante. Y así, sin ponerse el objetivo de una homogeneidad, la obra se construye en el tiempo y presenta a los diversos lectores (el autor, el confesor, Radini, en fin el cristiano común, tras 1953) las notas de un papa que quiere ser cristiano. Es este un criterio de lectura también para los otros y diferentes diarios.

LOS CUADERNOS COTIDIANOS

Ciertamente aunque el *Giornale* absorbe un ejercicio global de escritura otros diarios lo flanquean, lo atraviesan, corren en paralelo. Durante los años de Radini²⁷, cuando el *Giornale* se reduce a breves hojas de propósitos formulados

²⁵ Algunas han sido editadas en M. Roncalli, *Papa Giovanni. Quaderni 1959-1963* (Cinisello B. 2001).

²⁶ A. Melloni, *Il Giornale dell'Anima di Giovanni XXIII* (Milano 2000).

²⁷ Seminarista en Roma en 1902 relee los cuadernos de Bérgamo; en 1912 completa las notas sobre su ordenación de 1904, y varias veces después en los grandes aniversarios de la vida y del sacerdocio dice haber releído aquello que es un «todo».

en los ejercicios con el obispo, toman forma otras narraciones. Una tiene la forma de diario público: y es la elegida para el diario de Bergamo durante la peregrinación diocesana guiada por el obispo en Tierra santa. Otros diarios, no obstante, siguen alternancias de pocos días o semanas, en las que un asunto o crisis parecen merecer la anotación. Es un género fragmentario que crece durante la Primera guerra mundial y súbitamente después, cuando, «huérfano» de Radini, Roncalli intenta buscar su equilibrio y su situación. Una parte ha sido publicada (el diario de 1919, que ofrece un corte de la vida del seminario y de la diócesis de San Alejandro en aquel conflicto²⁸); otra parte es aún inédita e ilumina algunos pasajes poco documentados de la vida roncalliana, apuntados sobre cuadernos que abarcan algunos meses, aparentemente sin que nada en su inicio o en su fin haga descifrable hasta el fondo la razón de su aparición y desaparición.

Quizá está incluida en esta categoría también la biografía de Radini Tedeschi que Roncalli publica en recuerdo de aquel que durante toda su vida llamará «mi» obispo, adjetivación que refleja una concepción de la fidelidad y de la obediencia que sabe descubrirse por su incondicionada lealtad, pero que sabe hacer la debida diferencia entre los hombres.

Tras el adiós a Bérgamo (1920) y la marcha a Roma²⁹ y después el inicio de la misión en Bulgaria en 1925³⁰, la serie se espesa un poco. Hasta la vuelta, que tiene lugar en 1935, en el momento del traslado a Estambul³¹.

LAS AGENDAS

Gracias a la disponibilidad de un nuevo soporte material, es decir una agenda de mesa (14 x 22) de estilo bancario,

²⁸ G. Battelli, *Un pastore tra fede e ideologia. Giacomo M. Radini Tedeschi (1857-1914)* (Genova 1988).

²⁹ «Memorie e appunti 1919», *Humanitas* 28 (1973/6), 419-473.

³⁰ S. Trinchese, *Roncalli e le missioni. L'opera della propagazione della fede tra Francia e Vaticano negli anni '20* (Brescia 1989).

³¹ Cfr. Della salda, *Obbedienza e pace*, *cit.*

Roncalli adquiere el hábito, aparentemente iniciado sólo en 1935, que conservará toda la vida. El hábito de llenar cada día una página anotando las personas que encuentra y los temas tocados en las conversaciones. Lo hará durante 28 años consecutivos con poquísimos saltos y excepciones muy ocasionales.

Es probable que, encontrándose en una ciudad más viva y compleja que la aislada Sofía, Roncalli haya querido armarse para poder dar cuenta a los superiores de cada uno de sus contactos; y este es el objetivo, si durante decenios no olvida nunca apuntar cada nombre eclesiástico con su título propio y su tratamiento de respeto... Además, las agendas cuentan la vida de un diplomático de la santa Sede en la guerra y en la posguerra, de un cardenal italiano de los años cincuenta, del papa del Concilio Vaticano II.

A lo largo de las agendas, se han retenido materiales candentes, hasta el punto de que monseñor Benelli, sustituto de la Secretaría de estado, pidió y obtuvo en el nombre de Pablo VI los manuscritos originales, que siguió publicando en pequeñas fragmentos, hasta que la edición completa en la *Biografía documentada* ha mostrado que no había ningún motivo de preocupación.

Las agendas recorren una crónica cotidiana en las que no se encuentra un chisme, una mordacidad venenosa, una astucia inconfesada. Roncalli nos aparece profundamente inmerso en la cultura católica del siglo XX y al mismo tiempo irreductible a sus slogans.

Se ve si se recorren las páginas de los días más fatídicos de la historia europea. Incapaz de defenderse ante el fascismo de la propaganda concordataria³², Roncalli no esconde el desconcierto por la muerte de Mussolini y se niega a «lanzar piedras contra él» pero define la guerra como un «*periculum* enorme, para un cristiano que cree en Jesús y en su evangelio, una iniquidad y una contradicción» (10/6/40). Dice misa por «todos los muertos de la guerra de España» (8/4/38), también ante las dificultades políticas para mejorar las condiciones de detención de los alemanes prisioneros en la

³² A. Melloni, *Fra Istanbul, Atene e la guerra. La missione di A.G. Roncalli (1935-1944)* (Genova 1993).

Francia liberada, lamenta el papel de los «comunistas y socialistas, llenos de odio y de espíritu del anticristo» (7/8/46). Junto al patriotismo nacional o confesional, que él juzga «natural», está el empeño en salir de la cultura del enemigo que tanto catolicismo doctrinal sostenía como coextensivo a la verdad.

Entre fidelidad y profecía Roncalli no encuentra sólo un equilibrio, sino que inserta un movimiento, al que las agendas dan una contribución cognoscitiva insustituible. Estas son preciosas no por el fragmento picante, que no hay, sino por documentar como el impulso del *aggiornamento* se arraiga en un modo de vivir los pasajes trágicos y delicados de la historia del siglo XX.

Dos ejemplos sobre la *Shoa* pueden documentar tal dinamismo. En 1937 Roncalli, entonces delegado apostólico en Estambul, encuentra en viaje un hebreo que lo conocía y lo interroga resueltamente: «¿Por qué todo el mundo se mete con los judíos? Me preguntó. Gran misterio de la sangre de Jesús que todavía cae sobre los hombros de este rico y pobre pueblo» (27/2/37): la cuestión es fuerte, el comentario balbucea los lugares comunes (la sangre, el dinero) del antisemitismo católico. En 1941, la agenda registra otra pregunta, dirigida por Pío XII en persona: «¿qué piensa el mundo de mi silencio sobre el comportamiento de los alemanes?» (21/10/42), y aquí no hay respuesta, enmudecida por el contacto en Estambul tan frecuente con aquellos «millones de inocentes enviados a las cámaras de gas», como escribe en un informe. Después, cuando la *Jewish Agency* agradece a Roncalli por su empeño a favor de los hebreos en fuga, es él el que se pregunta: «¿prácticamente esta obra benéfica para qué ha servido? Por lo menos para demostrar que la caridad de Cristo no se desmiente con el pasar de los siglos» (11/7/44). Si realmente Pío XII, en las fuentes, puede parecer circunscribible a la estrecha área entre dilemas y silencios, para el diplomático Roncalli no hay elección: son sólo preguntas³³. De la custodia de estas preguntas viene la decisión de Juan XXIII de asumir la herida de la *Shoa* como una vocación a la purificación y de imponer en el orden del día del

³³ R. Amadei, *I cattolici bergamaschi e l'avvento del fascismo*, in *Chiesa, Azione cattolica e fascismo nell'Italia settentrionale durante il pontificato di Pio XI (1922-1939)* (Milano 1979), 359-400.

Vaticano II un replanteamiento profundo de las relaciones entre cristianismo y hebraísmo, sacramento y al menos signo de toda alteridad³⁴.

De las agendas emergen también vicisitudes cruciales de la política italiana e internacional ignoradas por la opinión pública en el momento en el que se consuman: pero ni siquiera en este plano se descubren repliegues picantes. Roncalli no es un opositor escondido del pontificado paccelliano, pero reconoce sin hipocresía que, tras el triunfo de la conjura que alejaba a Montini de Roma no se pueden «hacer muchas conjeturas. Mucho dependerá de la salud del Santo Padre» (3/11/54). Elegido papa, como muchos pronosticaban³⁵, estará decidido a impedir que se le use en la dialéctica interna de la DC: actúa con firmeza contra una maniobra del vicario de Roma «que habría metido al papa en las disputas de carácter político de las que debo permanecer siempre fuera» (5/1/62); lamenta que el ataque de Ottaviani a Gronchi, culpable por haber visitado Moscú, «ciertamente causará problemas diversos. Tenía razón el papa León XIII con el card. Oreglia: la verdad, sí, siempre y en todas partes: pero hay maneras y maneras de decirla» (1/7/60). Afirma para sí mismo, ante todo, que «el papa ejerce de papa y no permite que se le pueda atribuir personalmente cualquier intromisión en el gobierno civil de Italia» (4/5/62). Lo que no significa que Juan XXIII no conozca el desarrollo de las cosas y de las luchas: y cuando Indro Montanelli, dócil a las soflamas de los cardenales Palazzini y Siri, lo ataca con furor en las columnas del *Corriere della Sera*, observa que «se podría responder a tanta malicia estudiada y perniciosa» (11/62); cuando descubre las maniobras desvergonzadas con las que se tiene que ver en el diario *Il Tempo*, «dirección y dinero para la lucha contra la Democracia Cristiana por alguno que, creamoslo con buena fe, teme el triunfo político del centro izquierdo» (5/5/62) no ignora que el alguno es el cardenal Ottaviani.

³⁴ A. Melloni, *Fra Istanbul, Atene e la guerra. La missione di A.G. Roncalli (1935-1944)* (Genova 1993).

³⁵ Sobre este tema hubo un coloquio en Roma el 20 de diciembre de 2000, *Papa Giovanni e la svolta nelle relazioni ebraico-cristiane*, en prensa.

No obstante Juan XXIII mira hacia otra parte. Los últimos meses del pontificado de Roncalli ven sucederse rápidamente episodios y pasos de gran significado para la paz y para las relaciones con el este de Europa³⁶. Diplomático convincente Roncalli ve tales gestos con el realismo del que sabe que el juicio político asume el equívoco – «Puede ser una ilusión, puede ser el inicio de nuevas gracias del Señor», 16/2/62. Para el exdelegado apostólico de los años oscuros de la guerra mundial la política no puede encerrarse en el hoy, de modo especial si debe incidir en situaciones delicadas como las del invierno de 1962-63, cuando en el contacto con la Iglesia rusa, en la intervención en la crisis de Cuba, en la aceptación del premio Balzan, en la promulgación de la encíclica *Pacem in terris* cambia la política vaticana³⁷.

Los papeles muestran una voluntariosa determinación de expresar una nueva conciencia de la Iglesia, «dirigida a servir al hombre en cuanto tal» y el análisis desencantado del espesor de aquella «glorificación del nombre del buen papa Juan como princeps pacis»³⁸.

EL CONSENSO

Todo este material merece una edición crítica que eche por tierra los usos fragmentarios y permita estudios sólidos y serios sobre este singular personaje que enseña contándose, en un lenguaje que a Pasolini le parecía «increíble», en un registro entretejido de una relación profunda y extremadamente libre con la Biblia, con una forma de conservación de la *memoria Dei*³⁹. Lo hace en la forma del maestro espiritual de la vida cristiana: un papel que el papado había dejado hacia siglos antes de él, y que ha atraído en torno a Juan

³⁶ Cfr. G. Alberigo, *Dalla Laguna al Tevere. Angelo G. Roncalli da san Marco e san Pietro* (Bologna 2000).

³⁷ Desde este punto de vista el memorial de Casaroli, *Il martirio della pazienza* cit., es un testimonio precioso para la datación formal y no ocasional desde el inicio de la Ostpolitik.

³⁸ Cfr. A. Melloni, *L'altra Roma. Politica e Sede durante il concilio Vaticano II (1959-1965)* (Bologna 2000).

³⁹ In *Discorsi messaggi colloqui* cit., 5.

XXIII un consenso, antes y después de la muerte, antes y después de la beatificación que va relacionado con el mito del papa «bueno» al que aludía al principio.

Cuánto consenso ha tenido el papado y ha construido en los siglos XIX y XX, de muchos modos. Mediante los instrumentos de la devoción popular y del culto a la memoria ha afirmado el propio papel eclesiológico y político en el encuentro-desencuentro con la modernidad. El «sentimiento» católico que tenía como objeto el obispo de Roma, ha asumido los tintes victimistas del lamento en torno al «prisionero» en el Vaticano, más allá de cuanto podía ser simple reacción al anticlericalismo mordaz del tiempo⁴⁰. Las decisiones del Vaticano I sobre el primado del romano pontífice y la infalibilidad de la que goza cuando se pronuncia *ex cathedra* en materia de fe y costumbres son recibidas no sólo en el nivel de las discusiones dogmáticas, sino también en el nivel de la piedad popular como razones de atención y devoción profunda. Es la devoción «blanca» (por la virgen que aparece, por la hostia, por el papa) la que colorea la conmovición de masas: el «amor al papa» es practicado sin temor de superar el umbral del culto de la personalidad y para que eso se manifieste no es indispensable que el pontífice sea canonizado una vez muerto⁴¹. Y cuando esto sucede (es el caso de Pio X) la impresión es que el pontífice vivo canoniza icónicamente algo de sí mismo. Esto que no hace el dispositivo canónico *super virtutibus* lo hace no obstante la «canonización mediática» que crece a lo largo de todo el siglo XX: la radio, el cine y después la televisión hacen más eficaces y directos los mecanismos de sublimación religiosa del consenso. Expresado muy a menudo en una sintaxis triunfalista, el lenguaje de la devoción al papa se hace cada vez más fuerte siguiendo lógicas similares a las que interesan al poder político contemporáneo —ya sea en las formas de la personalización de la dirección, o en las derivaciones católicas del liderazgo a escala planetaria.

⁴⁰ Cfr. mi *Formazione e sviluppo della cultura di Roncalli*, in *Papa Giovanni*, a cura di G. Alberigo (Roma-Bari, 1987), 3,54.

⁴¹ A. Riccardi, *Il potere del papa. Da Pio XII a Paolo VI* (Roma-Bari 1988).

El pontificado de Juan XXIII no se diferencia respecto a este escenario en la cantidad de consenso que consigue. No obstante, a la muerte de Pío XII se pregunta que podrá hacer el papa después del omnisciente príncipe romano⁴², Juan XXIII no encuentra un *quantum* de entusiasmo diferente al que circunda a sus predecesores o sus sucesores, aun en la diferencia de ámbitos de expresión. El pueblo católico sigue con conmoción verdadera y con luto sincero la enfermedad de su cabeza y padece la separación como una verdadera orfandad en 1939, no menos que en 1958 y en 1978 no más que en 1903. Sin embargo, en 1963 cuando muere Juan XXIII, hay una diferencia palpable en el *quod*: Roncalli no es llorado y venerado sólo como icono de la ilimitada autoridad del romano pontífice, como hombre de gobierno, como modelo de rigor ascético privado –cosas que en sus predecesores habían sido ampliamente celebradas– sino que aparece como maestro de una vida interior. Como decía, en torno a Roncalli no existen sólo las presiones de la memoria que el poder explota y el tiempo decanta, sino es el mito/antimito del papa bueno: y por tanto existe una lectura que lo propone como modelo y prototipo de una devoción cerrada en los estereotipos tridentinos y barrocos. Con gran energía Dosseti en 1965 contestaba la pertenencia de Roncalli a una cultura eclesial diversa, aquella que alimentada en las fuentes supremas podía alcanzar de un salto el futuro⁴³.

Hoy podemos decir más. Roncalli no es un maestro de vida interior en un sentido que excluya o prescindiera de la fidelidad a la historia, propia y general. La acogida del tiempo como lugar de la bondad creativa y del soplo del Espíritu, la humilde aceptación de sí son los signos de un paso que todos los diarios documentan desde diversos ángulos.

El tiempo es aquel en el que el clérigo *Angelino* siente la decisión de «hacerse santo», dentro del marco de la formación tridentina. El seminarista de Sotto il Monte la comprende, la hace suya: la repite en el italiano un poco literario

⁴² Cfr. A. Zambarbieri, *Il nuovo papato. Sviluppi dell'universalismo della Santa Sede dal 1870 ad oggi* (Cinisello B. 2001).

⁴³ Cfr. A. Melloni, *Il conclave. Storia di una istituzione* (Bologna 2001).

cambiado por algún ejemplo rebuscado, en la deformación de su corta ortografía, la declina con alguna deliciosa reflexión diletante («harcerme santo, una buena vez»). Él quiere ser santo, pero un «clérigo santo», y después un «santo sacerdote». Es una aspiración a la perfección que acepta ser medida en la cotidianidad, carente de capacidad adecuada y de metas. El miedo es no reunir las condiciones de rigor necesarias para la «ordenación sagrada», y el objeto es vivir siempre «como un seminarista».

El tiempo, en la aventura personal de Roncalli, está hecho de elecciones ajenas: secretario del obispo por casualidad, sargento de guerra por necesidad, funcionario romano por la amistad de otros, diplomático sin haber abrazado nunca el estado –siempre con la nostalgia de una vida pastoral que no ha vivido nunca–. En Bulgaria, en Turquía, en Grecia, Roncalli se ha encontrado siendo el obispo en una Iglesia despoblada, donde la adecuación entre dignidad del papel y edificación de los fieles no existe, porque falta la materia del círculo virtuoso entre clérigos y laicos de la reforma tridentina –la *cura animarum*. Ya en los años pasados junto a Radini, y en el tipo episcopal de Radini, Roncalli había visto aquel modelo como un vértice que sentía insuperable y en alguna medida perfectamente realizado en el momento en el que su obispo cae bajo el peso de la enfermedad. Después de la experiencia directa de la guerra, del paso romano y del largo periodo en la diplomacia, Roncalli es espectador de la pulverización de aquella configuración clerical, que se hará visible como una crisis sólo en los años sesenta, pero cuyas raíces son remotísimas⁴⁴. En este paso Roncalli no toma la iniciativa de una revisión crítica del modelo. No discute si los antiguos principios pueden ser restaurados *in vitro* dentro de condiciones sociales totalmente cambiadas. Su lema, lo dice a los fieles, pero también a los cardenales italianos en los años cincuenta, es «volver a la Escritura», volver al ejemplo de Jesús, en una vuelta al corazón de la espiritualidad latina.

Sin dedicarse a la demolición de la figura de clérigo que había interpretado, Roncalli busca un modo propio de conjugar doctrina y vida –doctrina y vida de obispo, doctrina y vida de papa. Juan XXIII interpreta el modelo en otro plano que

⁴⁴ Cfr. Lercaro, *cit.*

es el de la precedencia de la vida cristiana respecto al ejercicio mismo de las funciones clericales. Antes del derecho divino que funda «la constitución de la Iglesia» está la inmediatez del Verbo que comunica con la Iglesia. El lema que da a esta precedencia del evangelio respecto a la Iglesia es un adjetivo de la tradición: «pastoral». Lo usará para indicar la tarea del sacerdote, el perfil del obispo, la vida del papa, su *sollicitudo*. Este es el nudo de una «teología» de Roncalli, cuyo alcance más fuerte es la convocatoria de un «concilio pastoral» –como vendrá después definido el Vaticano II– donde pastoral no indica el ámbito secundario de la empiria separada y subordinada a la doctrina, sino el único modo de decir la doctrina coherente con la de su dimensión esencial que es la misericordia⁴⁵.

En este hombre que se sabe contar emerge cada vez más claro un modo de ser cristiano en el que la confianza en la bondad de Dios no es sólo un requisito para ejercer un magisterio en la Iglesia y poder reivindicar en la Iglesia el derecho a dictar las reglas de la convivencia social, los principios morales. La absolutización de tal requisito, no siempre inmune de una instancia de totalitarismo ético, es aquella a través de la cual se había formado cada clérigo desde finales del siglo XIX, incluido nuestro seminarista bergamasco. Su peculiaridad no es la de haber introducido en aquel esquema elementos de humanidad y de optimismo que para otros estaban cerrados por los orígenes familiares, por aspectos caracteriológicos más vibrantes o por experiencias biográficas menos ricas. Para Roncalli la confianza –en Dios y por tanto en el hombre– no es el instrumento para reivindicar cualquier cosa, el principio con el que juzgar la realidad como una materia informe: la fe reconoce una provocación a la gracia en el tiempo y en sus signos en las variaciones y vetas culturales de la historia, en las vivencias espirituales y en las contradicciones.

La complejidad de las referencias y la simplicidad de los pasos, el fárrago de las devociones y la esencialidad del evangelio, el hablar del sacerdote y el escuchar del creyente, tes-

⁴⁵ M. Guasco, *Seminari e clero nel 900* (Cinisello B. 1990).

⁴⁶ Cfr. G. Ruggieri, *Appunti su una 'teologia' di Roncalli*, in G. Albergo (a cura di), *Papa Giovanni 1881-1963* (Bologna 2000).

timonian un recorrido en el que la vida cristiana prevalece sobre la función, interesa más allá de la función y al fin se convierte en un modo originalísimo de ejercitarla, una profecía proclamada en el hoy del ministerio.

LA SANTIDAD DEL RECOMENZAR

El diario íntimo –los «soliloquios» como los define el papa en un momento– es la narración elaborada de un cristiano que acepta la propia vida como la santidad del recomenzar. La narración –en géneros diversos– constituye el punto de atracción y condensación de las intenciones, que, cumplidas o no, identifican un nivel de prioridad.

Escribiendo no sobre el mundo, sino sobre sí mismo el cristiano Roncalli acepta un papel inédito, del que no verificará el éxito. El ha querido escribir siempre, y siempre ha escrito, con un sello de edificación coherente con su estado eclesiástico, pero no para divulgar una imagen de sí. Si esto sucediese –como acontece a menudo en la autobiografía de los grandes y en la verborrea de los necios– no sería ningún mal: simplemente deberíamos contentarnos como es habitual en los casos con recabar de la fuente como imagina el autor el potencial lector y por qué decide halagarlo en uno u otro aspecto.

Roncalli, sin embargo, no es el hagiógrafo de sí mismo, y no escribe para conservar memoria mística de sí y no «se» predica. Es el metódico, quisquilloso vigilante de su comportamiento de clérigo, sacerdote, prelado, obispo; el escrupuloso verificador de la correspondencia entre la dignidad de la exterioridad y el rigor interior que connota al mejor clero lombardo; es el penitente ejercitado, que sabe gestionar triunfos y fracasos; es el diplomático de calidad que sabe en qué crisis hacer valer la amistad madurada en el hoy, el mañana vendrá. En la costumbre de escribir (en forma de crónica o de acusación de los pecados, de memorial o de reflexión espiritual, de modesto ejercicio literario y de recuerdo campesino) queda intacto el registro de la «sinceridad». Es una elección, hecha para el después.

El después de quien lee los diferentes diarios porque es admitido a ello por la voluntad que el autor ha expresado bien formalmente, bien indirectamente custodiando con tanto cuidado este rico material y aceptando que quien lo leyera se interrogase. En efecto si quisiéramos ser rudos, deberíamos preguntarnos si el copioso material diarístico es una maniobra de autopromoción, si es una póliza sobre la canonización futura, o un modesto caso de fetichismo de la memoria, un escribir «de santo» (en la agenda, como es sabido no se encuentra un solo *raha...*) para satisfacerse a sí mismo. Y la respuesta no viene de fuera, sino desde dentro, de la paciencia *de la redacción* de estos diarios: una confrontación con otros textos análogos lo documenta. En el centro de los manuscritos roncallianos no se encuentra el propio estado de ánimo, los propios contactos, sino la custodia de la centralidad de la experiencia de fe. Juan XXIII no es un *clergymanager* que gestiona la propia carrera, ni siquiera un feliz pobre cristiano de siloniana memoria. Es un hombre de misericordia.

Misericordia enseñada, misericordia vivida en sí, en la concepción simple y exigente de la vida cristiana, que, según una bella expresión de Enzo Bianchi, si viene marcado por un cierto autodidactismo, lo es porque el protagonista se ha pensado como *teo-didacta*, capaz de aceptar la novedad sin poner en tela de juicio el evangelio. Porque como dice al secretario durante los últimos días de enfermedad, «no es el evangelio el que cambia, somos nosotros los que empezamos a comprenderlo mejor». Recoger estos aspectos no significa cerrar la vía a los análisis históricos de documentos preciosos para la investigación, prescindir de su cualidad aun solo como masa de informaciones: no significa intentar hacer a posteriori del material histórico un *attrezzo* (instrumento) espiritual reservado a los creyentes o a los piadosos. Es –en mi opinión– un modo apropiado de recoger un espesor de la fuente que para el autor coincidía con la vida, que es siempre y solo el objeto del conocimiento histórico.

Prof. Dr. ALBERTO MELLONI
Fondazione per le Scienze Religiose Juan XXIII
Bologna (Italia)